

DAVID STITCHKIN BRANOVER

CLASE INAUGURAL DICTADA A  
LOS PRIMEROS AÑOS DE LOS  
INSTITUTOS CENTRALES, EL LUNES  
4 DE ABRIL DE 1960\*

---

SEÑORES MIEMBROS del Honorable Directorio, Señores Miembros del Honorable Consejo; Señores Profesores, amigos estudiantes:

Creando cada día nuevas tradiciones en esta Casa, dirigidas todas a acentuar el pensamiento y sentimiento de unidad que debe prevalecer en una Universidad, este año la iniciación de las clases se desarrollará a través de una sola lección inaugural que tiene por principal objeto dar una cordial y cariñosa bienvenida a todos los muchachos que ingresan a los primeros años. Ha sido nuestro propósito y el de todas las autoridades, recibir a Uds. en la forma más directa, más cordial, más cariñosa posible, de manera que todos sepan que al iniciar esta nueva etapa de su vida, entran a una Casa donde se les recibe con afecto y con un profundo deseo de servirles.

Esta primera lección, que los jóvenes del primer año van a recibir en la mañana de hoy, es la iniciación de un largo diálogo que van sostener a través de todo el año con sus profesores. Y digo que es un largo diálogo, porque a la postre cada uno de Uds., al decidir la carrera que desea seguir, ha formulado para su propia conciencia una pregunta cuya respuesta espera recibir de la Universidad.

\* Texto de la lección oral, tomado de la grabación obtenida en cinta magnética dada por el Sr. Rector de la Universidad de Concepción (Chile).

Algunos de Uds. han decidido seguir la carrera de Medicina, otros la de Química y Farmacia, otros la de Ingeniería; y como no saben en qué consiste la medicina y cómo se logra ser médico; como no saben en qué consiste la ingeniería y cómo se logra ser ingeniero, al inscribirse en el registro de la Universidad cada uno de Uds. ha formulado a la Universidad esta pregunta: ¿cómo se logra ser médico, cómo se logra ser ingeniero? Y esta pregunta inicial se va a ir repitiendo frente a cada ramo y la respuesta la esperan Uds. de sus profesores; suponen, y entienden, que al término de sus años de estudio sabrán, a través de la respuesta de los profesores, todo lo que es menester para ser un profesional formado.

Hoy se inicia el diálogo entre Uds. y la Universidad. Y yo he estado pensando en cuál es la pregunta genérica que Uds. se han formulado y cuál es la respuesta que deben recibir. La situación de Uds. es muy distinta de la que tenían cuando ingresaron al colegio.

En los primeros años de nuestra vida, tenemos nosotros un Sumo Conocedor de toda la sabiduría humana, y ese conocedor son los padres o el padre; y si Uds. recogen la experiencia propia, no muy lejana, observarán lo que nosotros los padres estamos viviendo minuto a minuto: “¿Papá, por qué ese hombre está subido en la ventana?” “¿Papá, por qué ese auto camina para allá?” Esas preguntas obedecen a la conciencia que tiene el niño de que el padre es el Sumo Sabedor de todo lo que ocurre en el Universo, y descansa en él, y de ahí las preguntas que nos hacen sonreír o que nos irritan.

Ahora Uds. ya saben que el padre no es el Sumo Sabedor de todo el conocimiento humano y yendo de un extremo a otro, disminuyen rigurosamente el valor del padre como tutor, como responsable, como aquél en quien se puede entregar y confiar todo nuestro destino. Y se exagera la nota, y así como de pequeños pensaban que el padre lo sabía todo, llegan a una edad en que creen que éste no sabe nada. Pero van a correr los años y comenzarán a rectificar sus opiniones y llegarán a pensar que el padre algo sabe.

Pero entretanto Uds. necesitan, como todos nosotros, reemplazar, sustituir ese Sumo Sabedor y lo reemplazan o sustituyen,

consciente o inconscientemente, por ese otro Sabedor que es la Universidad; y vienen acá esperando lo mismo que de pequeños “¿Papá, qué hace ese hombre subido en la ventana?”, que la Universidad les dé una respuesta total, genérica y válida para siempre, de todas las normas que han de regir la conducta de Uds. en la vida.

Tienen que ir con cuidado en esa actitud. ¿Qué respuesta va a dar la Universidad ante la pregunta concreta que Uds. han formulado al inscribirse en la matrícula de una escuela? Yo quiero ser médico, han dicho. He aquí la gran pregunta: ¿cómo voy a ser médico, qué debo saber para ser médico y cómo lo voy a lograr? Y hay otra pregunta implícita, no tan concreta, pero más angustiada: ¿cómo voy a configurar mi conducta ante la vida, ante mi propio yo, ante mi conciencia? Pregunta que también va implícita en la postulación de todo muchacho que ingresa a la Universidad.

¿Cuál va a ser la respuesta de la Universidad? Frente al programa de estudio elaborado para cada carrera, frente a cada ramo, a cada asignatura, el profesor dirá: “Se sabe que...”. Observen, empleo una frase impersonal, no “Yo sé...” sino “Se sabe que...”, es decir, el profesor pone a disposición de Uds. el estado actual de una determinada disciplina, de una determinada actividad, y les dice: en el correr de los años y a través de los estudios e investigaciones, experiencias e hipótesis, que los hombres anteriores a nuestra generación han dado, “se ha llegado a saber que...”, “Se cree que...”, el resultado actual de la experiencia del hombre (incluyendo en la expresión no sólo la vivencia íntima sino el resultado de su intelecto), el estado actual de esta experiencia del hombre nos dice que en esta disciplina “se cree que...”, “se sabe que...” De esta manera, se sabe que... en filosofía; se sabe que... en mecánica; se estima que... en matemáticas; Uds. irán recogiendo una visión del estado actual de una determinada disciplina, como resultado de la experiencia del hombre hasta hoy. Así logran Uds., en primer término, tener una ilustración del estado actual de una determinada ciencia o disciplina. En seguida, como esto no es un inventario que se expone a Uds., el profesor de cada asignatura va señalando cómo el hombre ha logrado llegar al resultado

que se está exponiendo a Uds.; llámese investigación o experimentación o raciocinio, a la postre lo que se les enseña es a razonar cómo el hombre es capaz o ha sido capaz, principiando por aquel hombre de las cavernas, de llegar al estado actual, de haber logrado formular las hipótesis que actualmente se dan como valederas, y junto con la ilustración preliminar les enseña a Uds. el método de razonar.

Y ya tenemos dos elementos que Uds. deben adquirir para lograr ese resultado, esa respuesta que están esperando: ilustración y razonamiento. Esto ha sido, hasta este momento, resultado de la exposición y conducción del profesor; pero viene un tercer aspecto: ya saben Uds. cual es el estado actual de una ciencia y cómo se ha llegado a él, ahora viene la confrontación propia de Uds. Se les entrega un material, un elemento: el estado actual de una disciplina es éste y se ha llegado a este conocimiento a través de estos métodos y de estas experiencias; ahora, debe cada uno de Uds. examinar estas formulaciones (ilustraciones), estos métodos (experimentaciones), para reformular sus propios juicios; es decir, corresponderá a Uds. en el momento precisar, formular la crítica metódica en base a la cual ha podido progresar el hombre. De esta manera, la respuesta que da la Universidad frente al interrogante que Uds. se han planteado y que le han planteado, es simple, pero no fácil de lograr: crear en Uds. una mente ilustrada, razonadora y crítica.

La gran renovación, la gran reforma que esta Universidad ha impreso a la enseñanza y que se inicia con Uds., es justamente ésta: la de dar origen a una metodología de la enseñanza y del aprendizaje que forme en cada uno de Uds. y de cada uno de Uds., un hombre ilustrado que conozca el estado actual de la ciencia o de las determinadas ciencias que quieran profesar, con una mente razonadora capaz de conocer cómo se llega a un determinado juicio, y crítica, es decir, capaz de formular sus propias observaciones para corregir o enmendar o para avanzar sobre este estado actual de las disciplinas que la Universidad entrega en manos de Uds.

Pero hay algo más hondo, más profundo. Si la respuesta que yo debo darles en esta clase inaugural estuviese reducida a la formación de una personalidad con una mente ilustrada, razo-

nadora y crítica, para mi modo de ser, para mi inquietud, tal respuesta sería seca.

Hay en Uds., en mayor o menor grado, tiene que haber en Uds., un más allá, una pregunta quizá no formulada de manera tan concreta como la anterior. Pero es una pregunta más viva e inquietante: Cómo he de determinar mi conducta, MI conducta, en posesivo, la mía, mi actitud de hombre en la comunidad, mi actitud de hombre ante mi conciencia. La pregunta no es fácil de formular, y volvamos a la infancia y recordemos a la Cenicienta, cuando las hermanas se fueron al baile y ella se quedó sentada junto al fogón, llorando; y aparece el hada madrina y le pregunta por qué llora, y ella, entre sollozos, le dice: "Yo quisiera. . .", pero no logra formular aquello que quisiera. Ella sabe que quisiera algo, pero no logra formular exactamente al hada madrina la pregunta o la respuesta exacta: quiero esto.

En Uds. tiene que haber, yo necesito que haya, esa misma cosa: "Yo quisiera. . .", porque se han matriculado para ser médicos, odontólogos, abogados, ingenieros; yo quiero ser médico, yo quiero ser abogado, pero la pregunta sigue en el fondo del alma: ¿para qué? médico, ¿para qué? abogado, ¿para qué? Y no acepto que pudiera ser en Uds. una respuesta: para ser rico, para ganarme la vida. Porque hay algo más que esto, algo más que ganarse la vida, algo más que tener las herramientas necesarias para poder subsistir. Ese algo más es un mundo ideal, es un mundo ideal que está representado en cada uno de Uds., en el fondo del alma, por algo, por un personaje quizá en este momento no configurado por Uds., cualquiera, y que va a estar configurado con mayor nitidez en esta Casa de Estudio cuando Uds. asistan a una lección magnífica dada por un maestro ejemplar, por cualquiera dentro de cada Facultad. Habrá siempre un profesor, uno o muchos, que capten la atención de Uds. y al que querrán imitar, sin darse cuenta. Es muy frecuente entre los muchachos, observar esta postura de imitación, incluso en lo exterior, actos, actitudes, gestos, palabras, frases, respecto de un profesor. Habría que preguntar por qué lo imitan, por qué ese profesor ejerce cierta fascinación en el muchacho. Y esta fascinación se debe a que el muchacho ve en el profesor uno o algu-

nos de esos valores ideales, no configurados por Uds. en estos momentos, pero que están en potencia, en germen.

Luego hay en Uds. y tiene que haberlo, en germen, con más o menos fuerza (la deserción de los estudiantes universitarios que se matriculan y a mitad de año se van, obedece en mucho a que ese germen es débil), hay, repito, en todos los muchachos este germen de aspiración a un valor ideal. "Yo quisiera...", el Yo quisiera de la Cenicienta. Ella quería... Veamos lo que ella quería: ¿ir al baile? No. Eso equivale a la respuesta que Uds. podrían dar de querer ser médico para ser rico. La Cenicienta quería participar, PARTICIPAR, lo mismo que sus hermanas, en ese mundo ideal que ella veía a través de las narraciones de sus hermanas. De manera que este "yo quisiera" de Uds. es un deseo no muy configurado, pero vivo, de entrar a un mundo ideal, y ese mundo ideal para nosotros es el mundo de los valores del espíritu.

¿Cómo se logra, ahora, entrar a ese mundo ideal? ¿Dónde está el hada madrina? No hay hada madrina. Esta es una lección que debemos aprender lo más pronto posible; no hay hada madrina, por lo menos en la manera como aparece en el cuento, con una varita mágica. Hay en cambio, otra cosa muy rica en el hombre, que hace el papel, que desempeña el mismo papel que el hada madrina en el cuento de la Cenicienta: es la confrontación personal e íntima de las propias experiencias, con sus propios elementos constitutivos. Todo hombre está constituido espiritualmente de una manera distinta, diferente; y no se extrañen, porque en el orden biológico sucede lo mismo: no hay dos rostros iguales, no hay dos personas iguales, cada uno en el orden biológico reacciona ante un estímulo de una manera diferente. De aquí que los médicos, que saben muy bien esto, al prescribir una droga observan de inmediato la reacción de un paciente porque éste reacciona así y es probable que este otro, con la misma droga, reaccione de una manera diferente. Son dos hombres y la droga es la misma; son dos hombres, pero biológicamente la constitución es distinta y sus reacciones son diferentes. Las reacciones ante un mismo estímulo en el orden del espíritu, ocurren lo mismo: un mismo estímulo, un mismo hecho, producen en dos hombres resultados distintos; y como dice Spran-

ger: "para un hombre, la muerte de su madre puede ser la ruina de su existencia y derrumbarlo y para otro puede ser un elemento de dolor que depure su alma y lo ennoblezca". Para un hombre, un fracaso puede ser el término de todas sus posibilidades; para otro, una feliz advertencia que le mueva a emprender un camino distinto en el que tiene éxito.

Anímicamente, somos distintos; estamos constituidos con los mismos elementos, pero en dosificación distinta y de consiguiente, frente a todo lo que la Universidad les entrega, frente a todos los medios que la Universidad pone a disposición de Uds. para que formen su personalidad, cada uno tendrá que hacer su propia confrontación, su propia experiencia. Yo prefiero otra voz, otra palabra para decir esto: cada uno tiene que vivir su propia vivencia y sólo entonces sabrá en qué medida y cómo puede un hombre lograr o no (y no digo puede un hombre, y me corrijo), sólo entonces cada uno de Uds. sabrá para sí, para su propia conclusión, para su propia y exclusiva conclusión, no para provecho de los demás, no para beneficio de los demás, sino para su propio beneficio, en qué medida las potencias del espíritu son capaces de permitirle a él lograr llegar a ese mundo ideal de valores a que todos Uds., normalmente y naturalmente, debe aspirar.

Esto se observa muy fuertemente, muy intensamente, leyendo a los poetas. ¿Qué es una poesía, qué es un poema, sino una vivencia íntima, expresada de bella manera? ¿Y cuándo podrán Uds. penetrar en el íntimo, en el profundo sentir de un poema? Cuando la vivencia del poeta, por feliz circunstancia, corresponde a una vivencia propia, a una experiencia propia, a una confrontación propia de sus propias fuerzas anímicas frente a las circunstancias ajenas, frente a las circunstancias exteriores del mundo que nos rodea. Recuerden Uds. de las Humanidades, vienen llegando de allí, (yo no sé si ahora se estudian o se revisan estas materias), en la lírica española, como magnífico ejemplo del Romanticismo, alguien a quien se mira como un poco trasnochado ya, a Gustavo Adolfo Bécquer: "Cerraron sus ojos que aún tenía abiertos...". Seguramente ese simple poema escrito en tono de triste romance les haga sonreír, o lo escuchen por la melodía de los versos; pero el profundo sentir, el pro-

fundo dolor, la vivencia del poeta, sólo la entenderán aquellos que hayan dejado un pedazo de su vida debajo de la tierra. Y entonces, sólo entonces, se sabrá cuánta amargura hay en esos versos tan cantarinos: "Cerraron sus ojos que aún tenía abiertos. . .".

Pero ni esto, ni aquello, ni lo de más allá, se entenderá nunca sin haberlo vivido de manera más o menos intensa, más directa o menos directa; y sólo por este proceso vital de vivir (no me importa la redundancia), que consiste, como dice Ortega y Gasset, en hacer su vida, y hacer su vida consiste en esto mismo que Ortega lo decía de otra manera, consiste en esto mismo: ir confrontándose uno mismo ante su suerte, ante su destino, ante sus circunstancias, y depurándose de todo o de algunos elementos para quedar reducido a dos o tres elementos simples, esto depende y está en manos de Uds. Y, cuidado. En esto no hay maestros, no hay profesores, porque la experiencia vital es íntima y exclusiva, y de nada vale que yo haya sufrido para aquél que no conoce el sufrimiento, de nada vale la alegría para aquél que no la haya conocido. Sin vivencias íntimas, personales y propias, de las cuales pueden Uds. y deben Uds. lograr la definición de su propia personalidad, y a través de estas vivencias debe venir la decantación y la elección que Uds. deben hacer, consciente o inconscientemente, de su propia conducta y de su propio destino.

Muchas veces he sacado a colación el ejemplo de un libro muy hermoso, que les recomiendo: "El juego de Abalorios", de Herman Hesse. La acción transcurre en una universidad ideal que se llama Cantabria y en esa universidad ideal, donde hay nobles y ancianos maestros, figura el más anciano de todos, el Magister Música; y cuenta Hesse cómo este profesor de música, Magister Música, con los años, lentamente, se iba depurando de todo lo impuro que hay en el hombre. Y cómo hasta la propia materia es impura y es perecedera, lentamente el Magister Música se iba transformando en una especie de halo transparente en que la vida terrenal se pasaba al más allá de una manera insensible, del mismo modo que muere una melodía y el último acorde queda resonando para siempre en nuestros oídos.

Esta decantación, esta depuración en que uno se va despren-

diendo de todos los valores impuros de la existencia, es una tarea personal y propia de Uds. La Universidad no es ajena ni indiferente, por el contrario, está entregada enteramente, en toda obra y en toda acción, a darles el impulso y los medios necesarios para que esta confrontación se produzca. Y en razón de esto, en el curso del año y de los años venideros, observarán Uds. cómo existe un Teatro Universitario, que no tiene por sola función o mera actividad divertir, entretener, lo que se llama el sano esparcimiento; eso es una cosa accesoria; el Teatro Universitario es mantenido por la Universidad de Concepción para que se dé a conocer a través del teatro el pensamiento universal. Y la Radioemisora, para que se dé a conocer el pensamiento, la música y el arte; y las subvenciones que la Universidad paga a la Sociedad de Bellas Artes son para estimular esto mismo; y los espectáculos que se traen de Santiago y del extranjero son para estimular esto mismo; y la Orquesta de Cámara Universitaria, también. ¿Para estimular qué? Colocar a Uds., no a través de una explicación, no decirles que hay tal cuadro en el Museo de Madrid, porque eso es lo mismo que nada; solamente se sabe de ese cuadro, lo que es y lo que no es, lo mucho o lo poco que representa, estando frente a él, mirándolo; en ese momento se produce la confrontación y la vivencia.

De nada serviría que les habláramos de teatro, de arte, de música, si no les diésemos los medios para estar frente al fenómeno musical o artístico, y confrontarlo y sacar sus propias conclusiones.

Luego la Universidad está atenta a esta necesidad que ella siente como suya: que junto a esa mente ilustrada, razonadora y crítica, surja el hombre decantado, con una arquitectura interior elaborada por él, en que los medios para construir su templo interior se los haya entregado o puesto a su disposición la Universidad.

Hay en esta Casa notables ejemplos, magníficos ejemplos de cómo los hombres han ido formando esta arquitectura interior, se han decantado y ya son valores, puros valores del espíritu, casi desprendidos de la forma terrenal. Si Uds. leen el diario de hoy, leerán un artículo magnífico en homenaje de un hom-

bre que nos es muy querido: don Salvador Gálvez, que durante 40 años desoyó y desestimó toda tentación que la vida pudiera ofrecer, para encauzar su vida y su pensamiento y su acción al servicio de una causa, de la causa universitaria; así entregó su vida durante 40 años a otras tantas generaciones. Pero el ejemplo de don Salvador Gálvez, que tanto honra a esta Casa, sólo puede servir a Uds. como escala o medida de valores. Para hacerse por dentro un "Salvador Gálvez" hay que vivir la propia existencia, confrontarse a sí mismo con los medios que nos rodean y entonces, elegir.

Hay otro hombre que siempre está presente en esta Casa de Estudio, porque su espíritu es el que ha llenado, el que ha rebañado: es don Enrique Molina. Vidas ejemplares, que servirán a Uds. de nobles y altos puntos de referencia. Pero el más grande de los maestros, el gran educador, no lo olviden jamás, es la vida misma. Son Uds. objeto y sujeto en la existencia: reciben un estímulo como objeto, reaccionan como sujeto. El destino de cada uno de Uds. está en sus propias manos. La Universidad será para Uds. fiel y leal compañera, no puede ir más allá. Los arcanos del alma, la constitución del espíritu de cada hombre es una isla a la que nadie tiene acceso, salvo él mismo y cada uno dentro de su propia conciencia.

Que Dios los ayude, que el destino les sea favorable. Pero no olviden que en último término el principio y el fin del apoyo que Uds. deben buscar y recibir está en Uds. mismos. Los que triunfen, los que tengan éxito, será porque han sabido encontrar en su alma ese punto de apoyo, esa energía, esa fuerza; aquellos que fracasen, que no culpen a nadie: ni a la sociedad, ni a sus padres, ni al ambiente; que yo he visto gente que ha nacido en condiciones adversas y ha triunfado sobre sí misma, y gente que ha nacido y vivido en condiciones altamente favorables y se ha perdido.

El principio y fin está en Uds. Que Dios los ayude.